XXII Domingo del Tiempo Ordinario C

No sabemos soñar

"Dijo Jesús: Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal. Cuando des una comida, no invites a tus amigos y hermanos". San Lucas, cap. 14.

Un anciano judío contaba este episodio de su infancia: "Tendría yo cinco años y hacía parte de una caravana de nómadas por el desierto del Sahara. Hacía sido confiado a una anciana, que se ocupaba de mi educación y pasaba mi vida bajo la tienda, a donde todos acudían para comer, discutir y descansar. Fue en primavera y la noche luminosa se asomaba a hurtadillas por los agujeros de la tienda. Yo sentía una necesidad irresistible de contemplar el cielo.

Ya, al aire libre, quedé como extasiado. Nunca había visto tantas estrellas juntas. Entonces a mi mente infantil afloró un raro presentimiento: ¿Será esta noche cuando llegue el Mesías?

De pronto, la voz áspera de la anciana y una mano ruda me toma del brazo.

- Deja de soñar con el Mesías. Mejor aprende a sumar para que un día lleves bien los negocios".

En cada uno de nosotros conviven aquel niño y la anciana. Ella es la fría lógica, el cálculo, la contabilidad. El, los sueños, el futuro, la esperanza.

Sin el Evangelio nuestra vida transcurre siempre bajo de la tienda, entre los que beben, comen y discuten sobre negocios. Pero la palabra de Jesús nos invita a salir al aire libre, para contemplar el misterio. Y al entrar en contacto con Jesús, con sus amigos, con su doctrina, podemos exclamar: ¡Nunca había visto tantas certezas juntas!. Es Dios quien llega a nuestras vidas.

El ambiente de hoy nos invita a subir en la escala social, a ganar puntos, a ampliar el radio de nuestra influencia. Para ello se necesita buscar los primeros puestos en los banquetes, aparecer en las páginas de los diarios, traficar con influencias.

Pero el Señor nos guía a otros caminos de realización y crecimiento: "Todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido". "Cuando te inviten a una boda ve a sentarte en el último puesto. Entonces te dirán: Amigo, sube más arriba".

Cuando nos urge un ansia de compañía, deseamos compartir lo que somos y tenemos. Y para lograrlo invitamos a los que tienen más que nosotros. Llamamos a los que nos aprecian. El resultado es obvio: Nos invitarán la próxima semana, e iremos subiendo en la escala social de la apariencia. Pero en el fondo continuamos solos.

El Evangelio enseña que hay una forma escondida de amistad, una compañía más honda y misteriosa. El Evangelio es para nosotros luz en el desierto. Nos ayuda a salir de los esquemas comunes, de nuestras intrigas, de una vida estéril y ordinaria. Nos invita a abrirnos a Dios y los hermanos. Entonces aprendemos a soñar un hermoso sueño que alienta en el cansancio y reconforta la vida. Entonces Jesucristo se hace visible ante nuestra esperanza.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y